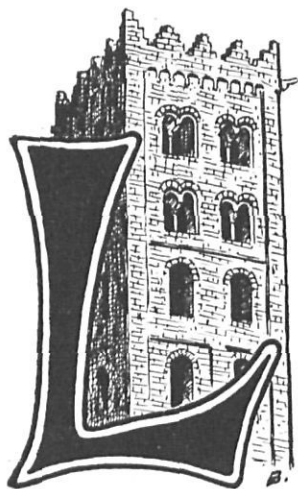


RELACIONES HISTORICAS ENTRE LA VILLA MONASTERIAL DE RIPOLL Y LA CIUDAD DE GERONA

Por JOAQUIN BOIXÉS SABATÉS



A Comarca del Ripollés, desde los primeros tiempos de su historia, ha tenido un sentido único y especial, sin vínculos que la unieran a una determinada demarcación condal. Por los privilegios que le fueron

concedidos por Wifredo I y sucesivos monarcas, la Villa monasterial se convirtió en prototipo del carácter catalán, siendo muchas veces los acontecimientos locales ripolleses un anticipado reflejo de los sucesos generales del Principado.

Ya se comprende, pues, que la ligazón existente entre la antigua abadía ripollesa y la ciudad inmortal no podía tener un carácter de continuidad y preferencia, ya que, por otra parte, el derecho implícito de patrocinio sobre el Cenobio parecía ser privativo de los Condes de Cerdaña en un principio, pasando después a la Casa Condal de Barcelona.

Sin embargo, a través de la historia, no es raro encontrar los nombres de la ciudad de Gerona y la villa de Ripoll relacionados y trabados por gloriosas figuras, hechos relevantes y por los mismos ideales. Sin pretender hacer un estudio completo, vamos a relacionar unas notas históricas que nos ilustren sobre este tema.

La época fundacional — Arnulfo y Mirón

Por su carácter de cuna y santuario del Principado, la Abadía de Ripoll estuvo pronto representada en todos los condados de la Marca Hispánica. Medio siglo después de la primera dedicación de la Basílica, el rey Luis el *Transmarino* confirma en 938 las posesiones del Monasterio ripollés, expresando claramente que se extienden por todos los condados de Cataluña y enumerando los mismos: Barcelona, Gerona, Ausona, Urgel, Cerdaña, Conflent, Rosellón, Ampurias, Peralada, Besalú y el *pagus* de Berga.

Pronto, sin embargo, empezaron a tejerse diversos lazos que unieron estrechamente la Villa Condal con la ciudad de Gerona. La primera figura que sirve de vínculo entre ambas es la del virtuoso benedictino *Arnulfo*, que rigió el Cenobio de Santa María entre 948 y 970, «varón en todo digno de alabanza, quien, nombrado después Obispo de Gerona, elevóse a gran altura en el ejercicio de entrambas dignidades», según reza un documento contemporáneo a su muerte. Las obras de Arnulfo en Ripoll han perdurado hasta nuestros días. Sus tres principales realizaciones fueron: la fundación del famoso *Scriptorium* (verdadero cenáculo científico y literario de la Edad Media cristiana), las murallas antiguas que circundaban la Villa, y la acequia que aún discurre entre Campdevánol y Ripoll, y que fué la

principal fuente de energía para las primeras industrias ripollesas del siglo x.

En la misma época, aparece la figura interesantísima de Mirón, obispo gerundense e hijo del Conde del mismo nombre, que fué uno de los principales actores de la tercera dedicación del Cenobio ripollés. En el Acta de dedicación, fechada en 15 de noviembre del 977, se hace constar que dicho Prelado consagró el altar dedicado a San Miguel Arcángel. Por su expresa voluntad, Mirón recibió sepultura en el Monasterio ripollés, panteón de la familia condal catalana. El insigne Abad Oliva le dedicó en su poema un encendido elogio, con estos versos:

*«Hic Dominus patriæ recubans Presulque Gerundæ,
abdita Felicis prodidit ossa pii,
dictus in hoc ævo patris de nomine Miro:
perveat hunc regnum Xtus ad æthereum».*

(Aquí descansa el noble obispo de Gerona, que descubrió las reliquias ocultas de San Félix...)

Epoca olivana

En 15 de enero del 1032, el más esclarecido de los abades ripolleses, Oliva, consagró por cuarta vez la Basílica, después de haberla levantado de nuevo desde los cimientos — como dice el Acta — y como lo atestigua él mismo en su poema laudatorio de nuestro Santuario. En aquel esplendoroso acto no faltó la figura del Obispo de Gerona, Berenguer, junto a la de los Condes, Prelados y nobles de toda la Marca.

No vamos a extendernos en los hechos de Oliva, que han sido tratados extensamente por destacados historiadores contemporáneos. De este Abad-Obispo, insigne en la historia patria, cabe señalar en lo que se refiere al tema que nos hemos propuesto, que una de las mejores obras que salieron de su pluma, fué el Panegírico de San Narciso.

Después de la muerte del gran prelado, se cierne sobre el Cenobio una amenaza: la simonía. En uno de los intentos, es un tal Mirón el que quiere usurpar la dignidad abadial ripollesa; y otra vez aparece en el ámbito de la Villa Condal el Obispo gerundense Berenguer, que con los prelados de

Vich y Narbona acuden en auxilio del Conde Bernardo II, de Besalú, para expulsar al intruso.

Renació la calma en el Cenobio, y brilló otra vez el esplendor religioso y la santidad en los claustros de Santa María. En 1079, el Papa Gregorio VII recomienda y ruega al Obispo de Gerona, que con los abades de Ripoll y San Cugat, pongan paz entre los dos Condes hermanos, hijos de Ramón Berenguer I, «que estaban desavenidos por su soberbia y vanidad».

En el siglo siguiente, en el Concilio-Corte del Principado, que se celebró en 1143, en la Catedral de Gerona, bajo la presidencia del Cardenal Guido, asiste el Abad ripollés Pedro Raimundo, con una representación del Cenobio.

El Abad-Obispo Raimundo Descatllar

A últimos de 1383, es elegido Abad de Ripoll, el ripollés Raimundo Descatllar, que después de unos años iba a ser Obispo de Gerona. Bien merecería la figura de este insigne varón un estudio especial, ya que es una de las más interesantes y de mayor importancia en la historia catalana de la época.

Hombre enérgico y decidido, se opone a las pretensiones de D. Pedro el Ceremonioso, que pretendía disponer a su antojo de los bienes del Cenobio. El rey le persigue, lo pone en prisión y en su lugar nombra abad a Fray Pedro de Batet.

El Abad Descatllar logra fugarse de la cárcel, y huye a Grecia. Muerto el rey, regresa a su amado Monasterio, restaura el palacio abacial, construye otro en Olot — villa que durante siglos dependió de la mitra ripollesa —, edifica el castillo de Tossa, y tiene la gloria de completar el suntuoso claustro: en 1387 levanta la parte de poniente; en 1390, continúan las obras a cargo de «mestre Jordi de Déu» escultor de Barcelona, y en 1401, se completa aquel recinto monacal bajo la dirección de Pedro Mieres, de Gerona, con un grupo de trabajadores de esta ciudad.

En 1408, Raimundo Descatllar es preconizado Obispo de Elna y pasa luego a ocupar la silla episcopal de Gerona. En los siete años de su prelación, toma parte activa en la

política nacional, siendo uno de los elegidos para concordar a los pretendientes a la corona, y obtiene el cargo de embajador del Infante de Antequera en quien recayó la elección del parlamento de Caspe.

Una figura fugaz: el Abad Narciso Miguel

En los tristes acontecimientos que amargaron la vida catalano-aragonesa en el siglo xv, hallamos la figura de Narciso Miguel, que, después de ser prior de San Pablo de Barcelona, fué elegido en 1458 Abad de Ripoll. Dos años después, este virtuoso benedictino muere envenenado en Gerona, siendo una de las primeras víctimas de la contienda surgida entre el rey Don Juan II y su hijo el Príncipe de Viana.

El Abad-Obispo Francisco de Senjust

Nuevamente, en el siglo xvii, encontramos enlazadas las dos dignidades de Abad de Ripoll y Obispo de Gerona en la persona de Francisco de Senjust. Elegido para la dignidad ripollesa en 1616, pocos años presidió la comunidad de Santa María, pues en 1620, es designado Obispo de Elna, y dos años después ciñe la mitra de la ciudad de San Narciso.

Para la historia de la Condal Villa, ha perdurado su recuerdo puesto que nunca olvidó, hasta su muerte acaecida en La Bisbal en 1627, su devoción entrañable hacia la Virgen ripollesa.

La Guerra de la Independencia

Durante la invasión francesa en los primeros años del siglo xix, es indudable que

el hecho culminante en nuestra región fué el inmortal sitio de Gerona. Si cuantos se sintieron verdaderamente patriotas acudieron en auxilio de la ciudad sitiada, merece la Villa de Ripoll un lugar preferente. No hay que olvidar que en Ripoll había la Real Fábrica de Armas que podía abastecer a los heroicos gerundenses.

Y así fué como se cubrió de gloria el monje ripollés Joaquín de Ros, que hizo posible un aumento en la producción de la Real Fábrica, ayuda fundamental para hostilizar al invasor. El paisano Ramón Pons — a quien le fué concedido el título de capitán — se distinguió en hostilizar a los franceses «particularmente en la introducción de un convoy en la plaza de Gerona en 1.º de septiembre de 1809 y subsecuente salida verificada el día 4». También se cubrió de gloria y fué el héroe de uno de los episodios más brillantes del sitio de Gerona, el ripollés Mariano Montorro. Y también la Junta constituida en Ripoll mereció los elogios de las autoridades superiores, ya que gracias a ella «pudo entrar en aquella plaza (Gerona) una partida de gente armada, acompañando un convoy».

====

Las precedentes notas históricas que hemos esbozado sirvan para confirmar, que, aunque alejadas por la distancia, la ciudad inmortal de Gerona y la Condal Villa de Ripoll tienen también sus motivos para sentirse unidas por la historia.

